La Mujer en la Novela Femenina



UANDO el siglo XVIII francés ya creía ha-ber burlado el porvenir y haber dejado de sí mismo la imagen que quería de-jar, el libro intempestivo de un intempestivo escritor arrojó una luz deslumbrante sobre el rincón que todos se habían empeñado en mante-ner en sombras. "Les ner en sombras. "Les liaisons dangereuses" reveló todo el liber-tinaje de un siglo que fingía ser por un lado eclógico y sentimental y por el Afortunadamente, en de mentiras se alza

otro intelectual y heroico.

sentimental y por el otro intelectual y heroico. Afortunadamente, en medio de nuestro mundo de mentiras se alza la raza verídica de los escritores, que miente también sin duda, pero nunca en sus libros.

Cuando los escritores eran por lo general hombres, la parte de mentira que nos endilgaban era involuntaria y se limitaba a pintar a la mujer tal como todos los hombres desean que sea la mujer. Algunos, iluminados por esa milagrosa captación que es el genio, vieron de la mujer aspectos poco halagadores y eternos, que muy a menudo nos gustaría describir si ya ellos no lo hubieran hecho. Hablo en plural, pero pienso en Flaubert, pues todo el cinismo y la franqueza de las escritoras de hoy por mostrar "nuestra" verdad no alcanza todavía la profundidad de Madame Bovary. ¿Qué otra cosa sino el bovarismo guía los actos de todas nuestras heroinas? Louise de Vilmorin en "Madame de..." y en "Histoire d'aimer" nos cuenta dos casos de bovarismo. "Un Certain Sourire", de Francois Sagan, nos describe un caso precoz de bovarismo. Y en "Les Mandarins", de Simone de Beauvoir, el bovarismo se vuelve monstruoso al demostrar que es compietate hecta en la capa de la producta de compietate hecta en la capa de la mandarins", de Simone de Beauvoir, el bovaris-mo se vuelve monstruoso al demostrar que es omnipotente hasta cuando ataca a las mujeres superiores. Pero ni antes ni después de Madame Bovary los escritores consiguieron hacer un blanco cabal en la psicología femenina. Entonces llegaron las escritoras.

Todas las escritoras de la tierra deben de haber lamentado y lamentarán que Madame Bovary haya sido escrito, pues en vez de arrancar del punto de partida para lanzarse en sus resueltas confesiones, deben empezar a mitad de camino con lo esencial ya dicho. No empleo la palabra esencial al azar, sino que me refiero a la esencia misma de la mujer o acaso a la esencia misma no de la mujer del futuro, sino de la que es producto de una civilización que le ha ido dando lentamente derechos y ha ido negándole tercamente deberes, que la ha colocado en una posición de libertad sin destino. Los largos dias que se estiran vacios y libres hacen de la mujer culta de una clase acomodada una presa fácil para el bovarismo. A los hombres les basta ser honestos y tener una profesión para que el mundo reclame de ellos su capacidad y su tiempo. A las mujeres nos piden nada menos que talento. Cualquier mujer que se haya destacado en algún terestos profesios destacado en algún terestos en consentados en consentados en algún terestos en consentados en algún teresto en consentados en consentados en algún teresto en consentados en consentados en consentados en consentados en consentados en consentados en algún teresto en consentados en Todas las escritoras de la tierra deben de hamujeres nos piden nada menos que talento. Cualquier mujer que se haya destacado en algún terreno intelectual verá que a igualdad de condiciones, y muy a menudo en desigualdad de condiciones, buscan a los hombres para las tareas administrativas, directivas o coordinadoras de la cultura. ¿Qué mujer no ha oído, estupefacta, de boca de hombres amablemente mediocres ese reiterado padido da "la gran obra" ese avigencia. terado pedido de "la gran obra", esa exigencia de talento? Sin lugar a duda, esto es una exi-gencia universal, y las mujeres, al ver que sólo pueden elegir entre el anonimato doméstico y el pueden elegir entre el anonimato doméstico y el talento, se han puesto resueltamente a tener talento. "¿Los hombres quieren que tengamos talento? —contestan—; de acuerdo, pero a la larga esto les costará más caro que si nos hubieran pedido modestamente que fuéramos correctamente capaces como ellos. Sabrán lo que no quieren saber y ellos que son dueños de todos los campos de acción perderán por lo menos el dominio de uno de esos campos: el de la intimidad. En vez de estrechar en sus brazos a la mujer dulce, timida y conquistada que ellos habían inventado, se sentirán frente a una contrincante observadora, irónica y victoriosa. Frente a la creación de ellos pondremos la creación nuestra, que tiene por lo menos el valor de estar hecha a imagen y semejanza de la mujer verdadera". Naturalmente que en una sociedad es difícil que uno de los socios pierda y el otro salga ganando, pero pér-

Por Silvina Bullrich

dida por pérdida, la mujer lanzó su experimento.

La literatura femenina actual es uno de los documentos más importantes que, del siglo XX, podrá recoger la posteridad. Entre los tantos secretos que flotan por el mundo como ondas perdidas que nadie logra apresar, estaba el gran secreto de la mujer, que cada una de ellas cuidaba celosamente de miedo de que alguna indiscreta levantara el velo que lo ocultaba a los ojos de los hombres. Era un secreto compartido en silencio y hasta sus mismas poseedoras negaban conocerlo. Lo que hizo Freud con el subconsciente, lo que hizo Proust ahondando los diversos planos de nuestra personalidad con métodos muy semejantes a los empleados por el psicoanálisis, ese buceo en busca de un mundo todavía inexpresado que empieza a existir y a cobrar forma a medida que se le expresa, esa misión es la que ha asumido ahora la mujer novelista. dida por pérdida, la mujer lanzó su experimento.

sión es la que ha asumido ahora la mujer novelista.

No deja de causar gracia advertir, cuando se recorre la novela actual, que la mujer es mucho más cínica y desaprensiva respecto de los problemas sentimentales de lo que fué ningún hombre. La mujer no teje sueños, no inventa hombres perfectos; por el contrario, se complace en las imperfecciones del hombre a quien quiere, defensa que la mujer, en la vida real, nunca deja de esgrimir, apenas siente que el amor nace en ella. Si algó tienen los hombres que reprochar a las mujeres, es que les retribuyan tan mal el idealismo y las alabanzas con que, desde las páginas de los libros escritos por ellos, las cubrieron durante siglos, ¡Qué romántico era el amor pintado por los hombres! ¡Qué puras e inocentes cran las mujeres! ¡Qué bandidos eran ellos! ¡Ah la hermosa levenda fiecha trizas no sólo por los libros de mujeres experimentadas sino por los de una niña de dieciocho y veinte años que escribió sin el menor pudor: Bonjour, Tristesse y luego Un Certain Sourire!

La novela femenina actual es como una antorcha que las mujeres de distintas edades y distintos países se van pasando la una a la otra al mismo tiempo que se murmuran al oído el gran secreto de la sinceridad. Hasta ahora, según las convenciones sociales y literarias, el hombre era el rey del mundo; la mujer temblaba al ofr su paso y temía que hiclera peligrar su virtud. La mujer se aburrió de ese hermoso cuento de hadas y con un brusco pase de prestidigitador se las arregló para que aquel que creía forzar las

mujer se aburrió de ese hermoso cuento de hadas y con un brusco pase de prestidigitador se las arregió para que aquel que creía forzar las puertas las encontrara abiertas y se sintiera menos seguro al volver a cerrarlas tras sí.

El deseo de conquistar dejó de ser una modalidad exclusivamente mascuina; la mujer afirmo su derecho a elegir. Lo sorprendente es que en vez de escudarse como el hombre tras los floridos himbos del gran amor en vez de languien vez de escudarse como el hombre tras los floridos biombos del gran amor, en vez de languidecer y lanzar suspiros, exponer su vida y escalar balcones, se contentó con demostrar que el capricho vale por si mismo y es absolutamente innecesario disfrazarlo de gran sentimiento. Don Juan es un tímido colegial frente a los personajes femeninos que surgen de la literatura femenina. Al leer los libros de Francoise Sagan, la joven escritora escéptica, y casi me atrevo a decir genial, vuelven a mi memoria los versos de Baudelaire:

Maudit soit á jamais le réveur inutile
Qui voulut le premier dans sa stupidité
S'éprenant d'un probleme insoluble et stérile
Aux choses de l'amour méler l'honneteté.

Me atrevo a afirmar que no resultaria muy
exagerado poner esta estrofa como epigrafe en
una antologia de la novela femenina. Nadie se
asustaría, habría algunas sonrisas. y sin embargo, hace menos de un siglo estos versos se llamaban poemas malditos y eran el producto de un
poeta maldito. Al ver este gran paso que se ha
dado hacia lo que, quiérase o no, debemos llamar
inmoralidad o si se prefiere, amoralidad, me pregunto si el desdén del hombre por la mujer es
tan fuerte que no se digna advertir hasta qué
punto su "dulce compañera" está minando las
bases de lo que fué una sociedad. La mujer,
cuando es osada, lo es infinitamente más que el
hombre. Tomemos cualquier novela escrita por
un hombre, busquemos las páginas más intimas;
nunca encontraremos, ni siquiera en Montherlant,
una describeión tan fria tan cruda tan clinic. nunca encontraremos, ni siquiera en Montherlant, una descripción tan fría, tan cruda, tan clnica, tan huérfana de piedad, de perdón como en

"Les Mandarins" de Simone de Beauvoir, por ejemplo. El hombre en el amor no busca una venganza, la mujer quizá no la busque pero parece encontrarla; es el único terreno en que puede luchar mano a mano con su enemigo ancestral y no está dispuesta a perdonarle nada. Por eso lo trateiona en cuanto se aleja de él. La palabra caballerosidad no reza en la mujer, su sexo no la obliga a guardar ningún secreto y comete sin el menor escrúpulo las peores infidencias.

Totalmente entregada a su labor de memoria-lista, con los ojos rijos en ese nuevo objeto de experimentación que es ella misma frente a su companero, la mujer novelista descena resuelta-mente la imaginación. Teje naturalmente, una tranta primaria, justo lo necesario para poder bordar soble ella sus observaciones y sus senti-mientos, inventa algun personaje secundario, cla-va situaciones como trampolines que le permiti-rán saltar hasta lo hondo de su propia vida, co-noce su oficio, es nábli y diestra, a tai punto que actualmente las novelas más famosas y más me-morables son las escritas por mujeres. Totalmente entregada a su labor de memoria-

actualmente las novelas más famosas y más memorables son las escritas por mujeres.

Un día en París le pregunté a Beatrice Beck si en verdad había existido ese "León Morin, sacerdote", título y personaje ue su libro. Me dijo que si, sencillamente, pues la mujer miente mucno menos de lo que el hombre supone. Beatrice Beck al escribir su libro no se sintió obligada á falsos pudores y habló de su terrible inquietud de mujer sola con una crudeza grave que llevaba el lector a comprenderla, pero no a sonreir. Esta sincericad de la mujer al confesar que sus personajes existen realmente y poblaron su vida, suele ser consciente, pero a veces ella supone que está creando, mientras el lector perspicaz puede advertir sin dificultad que está calcando. La más joven y más célebre de las novelistas femeninas, Francoise Sagan, pintó en Bonjour, Tristesse cinco personajes, de los cuales cuatro teman una gran fuerza. Había en su libro algunas oscuridades que no lográbamos descifrar: ese padre todavia tan joven y atractivo ante los ojos de su propia hija, esos excesivos celos filiales nos desconcertaban. Para salir del desconcierto bastaba esperar la aparición de su segundo libro. Un Certain Sourire apareció dos años después trayéndonos la clave de la novela anterior. Los personajes tan bien disfrazados por la autora en Bonjour, Tristesse usaban acuí su verdadero traje: los cuatro volvían al esceñario, pero ya llevaban el traje cotidiano. El hombre mayor tan atractivo no era, por supuesto, el padre, sino el amante; la mujer buena, injustamente detestada, era la esposa, a la que sólo se pudo desplazar momentáneamente; la jovencitá apasionada era la misma del libro anterior, pero ahora se veía claramente que se había lastimado al jugar con armas que a la larga siempre lastiman a las mujeres por más que blasonen de fuertes y se encojan de hombros; en cuanto al muchacho que la quiere, es también exactamente el mismo en ambos libros.

Una vez más, ante la aparición de una novelista joven que sorprende al mundo, vemos que escribe con más soltura y más agilidad que ningún hombre, pero que sigue enclavada en los defectos de su sexo; no tiene imaginación y no quiere tenerla. Pese a su juventud, a su modernismo, a su desfachatez, a su actitud cínica ante la vida, se contenta con lanzar al mundo su sollozo como lo hacía hace un siglo George Sand; hace un siglo y medio Mme. de Stael, y ya mucho antes Mme. de Lafayette. Pero las escritoras románticas y las prerrománticas reflejaban de sí mismas la imagen que el hombre les pedía. El dolor no trascendía los límites del dolor, el amor no trascendía los límites del dolor, el amor no trascendía los límites del dolor. El hombre y la mujer parecían quererse, buscarse y respetarse. Hoy el problema ha cambiado. La mujer acusa, traiciona, revela penosos secretos de alcoba, vemos correr por las cornisas de las páginas recién escritas a los lamentables enamorados de las nuevas amazonas. ¿Es éste el rey del mundo, es éste el terrible conquistador? Nas parece otr las carcajadas con que los persiguen y ver volar las piedras que les arrojan. Y, sin embargo, pese a la critica fría y a la burla feroz, al doblar la ultima página sentimos que una vez mas el hombre ha salido ileso y la mujer maltrecha del eterno combate del amor.

Hay quienes comprenden muy blen el mundo y todo cuanto en él ocurre: vo no compren-Una vez más, ante la aparición de una no-

Hay quienes comprenden muy blen el mun-Hay quienes comprenden muy blen el mundo y todo cuanto en él ocurre; yo no comprende absolutamente nada, y por eso esta repetida y monótona historia del desencuentro sentimental me parece el precio más caro que puede pagarse por la gloria, y sin embargo parece ser el único precio que la gloria acepta y exige de las mujeres.

(De "La Nación", de Buenos Alres).